

crítica foucaultiana del poder, en la denuncia de la usurpación sindical, en el rechazo del autoritarismo bajo todas sus formas, sobre todo el de los pequeños jefes, y, a la inversa, en la exaltación humanista de las extraordinarias posibilidades escondidas en cada persona, por poco que se le conceda consideración y se la deje expresarse, en la valoración del cara a cara, de la relación personal, del intercambio singular, y en la adopción proselitista de una actitud de apertura, de optimismo y de confianza frente a las incertidumbres, siempre beneficiosas, de la existencia.

Hay que mencionar, finalmente, el ascenso de otro grupo de expertos, cuyo perfil es diferente del de antiguos sesentayochistas, pero cuyo acceso a las posiciones dominantes en la Administración y en los círculos próximos al poder político hizo posible el giro socialista de 1983-1984 y la implementación de la política de desinflación competitiva aplicada entonces. Como señalan B. Jobert y B. Théret (1994), la segunda mitad de la década de 1970 había estado marcada por la llegada de una nueva elite político-administrativa, surgida de la ENA [École Nationale d'Administration], de la Escuela Politécnica y de la ENSAE [École Nationale de la Statistique et de l'Administration Économique], presta a substituir a la antigua «comunidad de planificadores», que en torno a Claude Gruson había dominado el Plan y el INSEE [Institut National de la Statistique et des Études Économiques], y en particular la Dirección de la Previsión, durante las décadas de 1950 y 1960. Este grupo, formado por economistas de alto nivel, apoyaba la legitimidad de sus conocimientos sobre la autoridad que le era reconocida en el campo internacional de la econometría y de la microeconomía dominada por los universitarios anglosajones. A partir de mediados de la década de 1980 —marcada por el declive del Plan transformado en centro de estudios con objetivos inciertos—, revalorizan la Dirección de la Previsión, modifican en profundidad la orientación de la formación de la ENSAE y adquieren una influencia preponderante sobre la Dirección de Presupuestos en el Ministerio de Finanzas; más generalmente, concentran en sus manos la mayor parte de los centros estatales de estudios económicos (con la significativa excepción del CERC) y, habida cuenta de la cuasi ausencia de centros de estudios independientes del Estado (ligados, por ejemplo, a los sindicatos, como ocurre en Alemania), monopolizan la información y el diagnóstico económico. Testigo de este cambio, por ejemplo,

de las actividades militantes o lúdicas, resultado de «la invención de nuevos modos de vida» o de la «contracultura» (Virno, 1991). Lo mismo ocurrió en Francia. Así, por ejemplo, los directores artísticos de los estudios discográficos de variedades, una de cuyas tareas consiste en descubrir y seleccionar a los nuevos talentos que tienen posibilidades de gustar al público, son a menudo tránsfugas instalados en la organización capitalista procedentes de los mundos marginales que han frecuentado en su juventud (Hennion, 1995, pp. 326-336).

es la relativa marginación en el seno del INSEE, en términos de poder y de prestigio, de los departamentos encargados de las encuestas estadísticas en beneficio de la econometría y de la microeconomía teórica. El abandono de la política keynesiana durante el primer mandato del ministro Mauroy (todavía marcado por la influencia de los planificadores de la década de 1960), que sigue la estela del comportamiento de los tipos de interés estadounidenses, de la fuga de capitales y la degradación brutal de la balanza de pagos en 1982, proporciona a este grupo la oportunidad de promover otra interpretación de la acción económica del Estado. Mientras los planificadores hacían hincapié sobre la función redistributiva de éste y sobre su papel de árbitro entre los grupos sociales, las nuevas elites económicas acuerdan «aligerar al máximo la intervención pública» y «llevar a cabo un proceso de redefinición rigurosa de su acción para hacerla compatible con el mercado» (Jobert, Théret, 1994, p. 45).

CONCLUSIÓN: EL PAPEL DE LA CRÍTICA EN LA RENOVACIÓN DEL CAPITALISMO

La historia de los años que han seguido a los acontecimientos de mayo de 1968 muestran los efectos reales aunque a veces paradójicos de la crítica al capitalismo.

La primera respuesta patronal a la crisis de gobernabilidad fue, se podría decir, tradicional. Consistió en conceder mejoras en términos de salarios y de seguridad, aceptando negociar con los sindicatos de los asalariados, utilizando la fórmula de las relaciones industriales para apaciguar —lo que significaba también reconocerla como real— la lucha de clases. Haciendo esto, la patronal no hacía sino utilizar las reglas del juego establecidas tras las grandes huelgas de 1936, que proponían una salida a la crisis a través de la negociación con los sindicatos bajo la presión del Estado. Centrándose principalmente sobre la cuestión de las desigualdades económicas y de la seguridad de aquellos que no tienen más que su fuerza de trabajo para sobrevivir, esta primera reacción se presenta como una respuesta a la crítica social y un intento por acallarla satisfaciéndola. Es necesario constatar que los avances sociales de esos años fueron bien reales y que, por lo tanto, la crítica fue eficaz.

Por ello, está claro también que el coste añadido, inducido por esos avances sociales, combinado con una situación económicamente más difícil, ha motivado en los responsables empresariales la búsqueda de nuevas soluciones, tanto más cuanto que el nivel de la crítica al que estaban enfrentados no parecía descender a pesar de las concesiones efectuadas. Se pusieron en marcha entonces, poco a poco, una serie de innovaciones en la organización del trabajo cuyo objetivo era al mismo tiempo satisfacer otra serie de reivindicaciones y eludir a los

sindicatos que evidentemente no conseguían canalizarlas y que se veían a menudo desbordados. Las nuevas formas de comportamiento, que se presentan como un cúmulo de microevoluciones, de microdesplazamientos, hicieron obsoletos en la práctica un gran número de disposiciones del derecho laboral, sin necesidad de derogarlas formalmente. Esta evolución estuvo en gran medida favorecida por una parte importante de los contestatarios de esta época, que se mostraban especialmente sensibles frente a los temas de la crítica artista, es decir, a la opresión cotidiana y a la esterilización de los poderes creativos y singulares de cada uno que producía la sociedad industrial y burguesa. La transformación de las modalidades del trabajo se realizó de este modo, en gran parte, para responder a sus aspiraciones, coadyuvando a ésta ellos mismos, sobre todo tras el ascenso de la izquierda al poder durante la década de 1980. En este punto no podemos más que señalar el hecho de que la crítica fue de nuevo eficaz.

Sin embargo, correlativamente, eran cuestionadas, en el plano de la seguridad y de los salarios, las conquistas del período anterior, no de manera frontal, sino gracias a los nuevos dispositivos mucho menos definidos y protectores que el antiguo contrato a tiempo completo y duración indeterminada, que era la norma de referencia en la década de 1960. La autonomía ha sido intercambiada por la seguridad abriendo la vía a un nuevo espíritu del capitalismo que alaba las virtudes de la movilidad y de la adaptabilidad, mientras que el precedente se preocupaba, sin duda, más de la seguridad que de la libertad.

Los desplazamientos operados por el capitalismo le han permitido eludir las constricciones que se habían erigido, poco a poco, como respuesta a la crítica social y que han podido imponerse sin encontrar resistencias de gran magnitud, porque parecían satisfacer reivindicaciones provenientes de otra corriente crítica.

La posición central del PCF en la dinamización de la crítica social francesa explica sin duda igualmente el increíble descenso de la atención prestada a estos temas predilectos mientras se estaban produciendo estos cambios. La insistencia de la izquierda no comunista sobre los temas de la crítica artista quizá no hubiera sido tal sin la monopolización por parte del PCF del tema de la lucha de clases. Aquellos que querían construir una izquierda diferente, y a quienes el PCF no convenía por su ligazón obstinada al modelo soviético, no podían realmente por ello atacar a los comunistas de frente, dada su posición de fuerza en el seno de la clase obrera y el hecho de que eran o habían sido sus hermanos de lucha contra el capitalismo⁵¹. La voluntad por inventar otro modelo de sociedad

⁵¹ Como señala F. Furet (1995), la condena entre la izquierda del anticomunismo, que persiste incluso más allá de la caída soviética, es lo que queda de la influencia de este partido sobre la crítica francesa.

y de organización diferente al propuesto por los comunistas ha conducido entonces a la izquierda a movilizar otros resortes críticos y a abandonar la crítica social al PCF y la CGT. De este modo, la crítica social acompañará en su caída al comunismo francés y nadie, o casi nadie, se levantará, a corto plazo, para reanimarla, temiendo, por la derecha, aunque también sin duda por la izquierda, dar la impresión de que se quiere reanimar a un partido del que la mayoría quería liberarse. Esta deserción del terreno social de una gran parte de la crítica y su ocupación por un movimiento considerado cada día más arcaico y cada vez más descalificado han facilitado, ciertamente, la recuperación en este terreno de lo que había sido concedido en el frente de la crítica artista.

El hecho de que, paralelamente, se hubieran obtenido algunos éxitos en el plano de la crítica artista a partir del desplazamiento del frente de la protesta hacia cuestiones relativas a las costumbres o a problemas de naturaleza ecológica ha contribuido igualmente a enmascarar el desafecto creciente hacia las instancias a las que decenas de conflictos habían conferido una especie de autoridad legítima, puesto que el nivel de protesta permanecía generalmente elevado. El hecho de que la crítica se hubiera desarrollado sobre nuevos terrenos no parecía peligroso para los avances obtenidos en el antiguo frente.

La transformación del capitalismo y la emergencia de un nuevo conjunto de valores destinados a justificarlo únicamente pueden ser dilucidadas entonces mediante un discurso sobre la adaptación inexorable a las nuevas condiciones de la competencia. Un análisis de las críticas a las que está confrontado el capitalismo —que son más o menos virulentas según las épocas, más o menos centradas sobre ciertos temas al tiempo que deja otros de lado, más o menos constreñidas de manera interna por su propia historia—, unido a una búsqueda de las soluciones que han sido aportadas para acallarlas sin salirse formalmente de las reglas del juego democrático, puede igualmente informarnos sobre los resortes del cambio⁵².

Nuestra constatación del papel de la crítica en la mejora pero también en los desplazamientos y transformaciones del capitalismo, no siempre en el sentido de un progreso del bienestar social, nos obliga a señalar las insuficiencias de la actividad crítica, habida cuenta de la increíble maleabilidad del proceso capitalista,

⁵² Hay que considerar, sin embargo, que los defensores del «movimiento inexorable» no están totalmente equivocados, en la medida en que la búsqueda de innovaciones sociales destinadas a resolver los problemas a los que se enfrenta el capitalismo —a raíz de la crítica en particular, aunque no únicamente— desemboca efectivamente en la invención de nuevos dispositivos más rentables. Una vez descubiertas, sobre todo si no se oponen a la moral común, es casi imposible, sin legislar, evitar que se difundan, porque los responsables empresariales saben que deben adoptarlas si sus competidores las adoptan.

que es capaz de colarse en sociedades con aspiraciones muy diferentes a lo largo del tiempo (así como en el espacio; aunque éste no sea nuestro objeto de análisis) y de recuperar las ideas de aquellos que eran sus enemigos en la fase anterior⁵³.

De este modo, el segundo espíritu del capitalismo, surgido tras la salida de la crisis de la década de 1930 y sometido a la crítica de los partidos de masas, comunista y socialista, se había constituido en realidad como reacción frente a las críticas que denunciaban el egoísmo de los intereses privados y la explotación de los trabajadores. Demostraba un entusiasmo modernista en favor de las organizaciones integradas y planificadas preocupadas por la justicia social. Formado en contacto con la crítica social, ha inspirado a su vez el compromiso entre los valores cívicos de lo colectivo y las exigencias industriales, que subyacen a la instauración del Estado del bienestar.

Por el contrario, oponiéndose al capitalismo social planificado y encuadrado por el Estado —considerado obsoleto, estrecho y coactivo— y adhiriéndose a la crítica artista (autonomía y creatividad), el nuevo espíritu del capitalismo toma progresivamente forma a comienzos de la crisis de las décadas de 1960 y 1970 y emprende la tarea de revalorizar el capitalismo. Dando la espalda a las demandas sociales que habían dominado durante la primera mitad de la década de 1970, el nuevo espíritu se abre a las críticas que denunciaban entonces la mecanización del mundo (la sociedad posindustrial frente a la sociedad industrial), la destrucción de las formas de vida favorables a la realización de las potencialidades propiamente humanas y, en particular, de la creatividad y que señalaban el carácter insoportable de los modos de opresión que, sin derivarse necesariamente de forma directa del capitalismo histórico, habían sido aprovechados por los dispositivos capitalistas de organización del trabajo.

Adaptando estos temas reivindicativos a la descripción de una nueva forma, liberada e incluso libertaria, de obtener beneficios —de la que se dice también que permite la realización de uno mismo y de sus aspiraciones más personales—, el nuevo espíritu del capitalismo ha podido comprenderse, en los primeros momentos de su formulación, como una superación del capitalismo, al tiempo que, desde este punto de vista, como una superación del anticapitalismo.

⁵³ Como subraya M. Berman, comentando a Marx, en la obra que consagra a la experiencia crítica de la modernidad, de Goethe a la nueva izquierda de la década de 1970, una de las contradicciones fundamentales de la burguesía, en tanto que su destino se encuentra asociado al del capitalismo, es la de ponerse al servicio del partido del orden al tiempo que descompone sin descanso y sin escrúpulos las condiciones concretas de existencia, de tal manera que asegura la supervivencia del proceso de acumulación, llegando incluso a reapropiarse de las críticas más radicales, transformándolas en algunos casos en productos mercantiles (Berman, 1982, particularmente pp. 98-114).

La presencia en su seno de las temáticas de la emancipación y la libre asociación entre creadores unidos por una misma pasión y reunidos, en igualdad de condiciones, en la consecución de un mismo proyecto, distingue este nuevo espíritu de un simple retorno al liberalismo, tras el paréntesis de las formaciones planificadoras surgidas con la crisis de la década de 1930, ya se tratase del fascismo o del Estado del bienestar (estas soluciones «planificadoras» habían tenido como ideal el encuadramiento del capitalismo por parte del Estado, e incluso su incorporación en el mismo, con una pretensión de progreso y de justicia social). En efecto, el nuevo espíritu del capitalismo, al menos durante los primeros años de su formación, no ha hecho hincapié sobre lo que constituye el centro del liberalismo económico histórico y, en concreto, en la exigencia de competencia en un mercado autosuficiente entre individuos aislados cuyas acciones únicamente estarán coordinadas a través de los precios, sino, por el contrario, sobre la necesidad de inventar otros modos de coordinación y, para ello, de desarrollar maneras de vincularse a los demás que se hallan incorporados en relaciones sociales ordinarias, aunque hasta entonces ignoradas por el liberalismo, sustentadas por la proximidad, la afinidad electiva, la mutua confianza e incluso por un pasado común de militante o de rebelde.

Igualmente, la relación con respecto al Estado no es la misma que la mantenida por el liberalismo. Si este nuevo espíritu del capitalismo comparte con el liberalismo un antiestatalismo a menudo virulento, dicho antiestatalismo encuentra sus fuentes en la crítica del Estado desarrollada por la extrema izquierda durante las décadas de 1960 y 1970. Esta crítica, surgida de una denuncia del compromiso del capitalismo y del Estado (el «capitalismo monopolista de Estado») y de la vinculación de ésta con la crítica del Estado socialista predominante en los países del «socialismo real», había elaborado una crítica radical del Estado como aparato de dominación y de opresión, en tanto que detentor tanto del «monopolio de la violencia legítima» (ejército, policía, justicia, etc.) como de la «violencia simbólica» ejercida por los «aparatos ideológicos del Estado», es decir, en primer lugar, por la escuela, pero también por todas las demás instituciones culturales que en aquel momento se encontraban en pleno desarrollo. Enunciada a través de una retórica libertaria, la crítica del Estado de la década de 1970 podía permitirse no reconocer su proximidad con el liberalismo: era, de alguna manera, liberal sin saberlo. A su vez, la adhesión a una denuncia virulenta del Estado no suponía necesariamente una renuncia a las ventajas proporcionadas por el Estado del bienestar consideradas como derechos conquistados. La crítica del Estado (como la de, desde otro punto de vista, las burocracias sindicales) era una de las mediaciones por las cuales se expresaba el rechazo del segundo espíritu del capitalismo, y la esperanza, no formulada como tal, de esta formación original de reconciliar los contrarios: un capitalismo izquierdista.

La continuación de nuestro análisis consistirá en explorar, ante todo, los desplazamientos del capitalismo en el transcurso de la segunda mitad de la década de 1970 y, sobre todo, durante la década de 1980, para intentar comprender lo que ha sido deshecho, y cómo, mediante estos desplazamientos, y ello con el fin de volver a subir una vez más la piedra de Sísifo y de renovar la crítica, la cual, como hemos mostrado, no puede verdaderamente cantar jamás victoria. Los dos capítulos siguientes están consagrados, por lo tanto, a los efectos socialmente negativos de la transformación del capitalismo en el transcurso de los veinte últimos años, sin olvidar que no ignoramos sus aportaciones reales en cuanto a la autonomía en el trabajo y a la posibilidad abierta a más personas de utilizar capacidades más numerosas.